

Mientras Babel

Aquel verano todo parecía a punto de caer. La Argentina se derrumbaba sin que sonaran siquiera los cuernos del apocalipsis y el público rugiente pedía más. Nos creíamos el público, y pedíamos más.

Diciembre del 87. La inflación escalaba tasas patrióticas, el alfonsinismo caía en el vacío y militares se pintaban la cara de colores negros. El cómico más famoso buscaba el mar desde un décimo piso y Carlos Monzón se separaba, por el balcón, de su señora. Y nunca hizo tanto calor como ese año. Coincidieron en Buenos Aires varios amigos que no viven aquí, y habíamos armado una patota infanto-juvenil que nunca se acostaba antes del alba. Alcohol, tabaco, bastante clorhidrato y retruécanos a la Fitzgerald. Aunque a veces sonaran Tennessee Williams. Ese verano casi todos estábamos solteros, y hacía cada noche más calor.

Recuerdo una de esas noches, junto a un río del Tigre, mosquitos y una luna roja que asomaba en Saigón. Y recuerdo muchas otras. Después, una madrugada, nos fuimos con una amiga al Iguazú, donde todo sería más tranquilo. El jueves, los militares de la cara pintada se alzaron en Monte Caseros y se declararon dispuestos a todo. Monte Caseros está entre Iguazú y Buenos Aires: no era difícil sentirse acorralado, cortado del mundo. El sábado leía junto a la pileta los *Naufragios* de Alvar Núñez y me sobresaltó que sus peripecias se parecieran tanto a las de Ansay, el protagonista de una novela que había publicado años antes. (Años después, en Tucumán, una profesora universitaria me mostraría un trabajo en el que analizaba cómo Ansay parodiaba a Alvar Núñez: me reí y le expliqué que no era más que una coincidencia cómica que había descubierto años atrás, en Iguazú,

y ella entonces me mostró dos o tres fragmentos casi textuales y dejé de reírme). El domingo, los salvadores de la patria ya se habían rendido y mi amiga volvía a Buenos Aires. A mí me quedó un ligero sobresalto, y prefería no hacerlo.

Durante diez o quince días recorrí el sur del Brasil sin saber adónde iba. Cada noche me tomaba un autobús que me servía para dormir y me llevaba hasta ciudades pequeñas, pueblos grandes con nombres sorprendentes, casas bajas, calles horribles y calor tropical en los que caminaba, caminaba y dormía siestas. Cada autobús era un mundo de olores y diferencias, pero todas las ciudades eran iguales. A veces, alguien me invitaba a una cerveza. Cuando terminé de convencerme de que el mundo no existía, llegué a Río de Janeiro.

Usaba siempre una camiseta negra y un bluyín, y debía estar mezclando Kerouac con Marlon Brando. En una avenida de Río, esa mañana, un argentino me reconoció y me llevó a la pensión donde paraba. Él tocaba los bongós y yo me enamoré en un tranvía de una irlandesa pelirroja que iba a la terminal de autobuses para viajar a Buenos Aires. Ella se fue y yo le pedí que llamara a mi madre para decirle que me regara las plantas, pero aún así no la vi nunca más.

Otra mañana, en una playa, supuse que en las nalgas de las mujeres brasileras se escondía una cifra del tiempo que era la del here & now, contra las nalgas argentinas que trabajaban la acumulación, el tiempo teleológico, y boceté un estudio comparativo que publiqué meses más tarde. Era bueno estar perdido en ninguna parte, solo, sobrar tanto. Di una vuelta larga por Minas Gerais admirando colinas y tallas del Aleijadinho, y me volví a Buenos Aires.

No sé si todo esto tiene algo que ver con *Babel*. Podría postular que sí, pero quizá no valga la pena. O podría suponer que, en esos días, todo el resto era literatura. Cuando llegué todavía faltaban dos meses de verano y volvimos a sentarnos con Jorge Dorio en algún café a tomar coca-cola hasta la noche. Esperábamos que se concretara un programa de televisión que preparábamos, y a veces nos aburríamos de nuestros propios chistes. Muchas tardes no. Una de esas tardes se nos ocurrió *Babel*.

Unos meses antes había aparecido *Shanghai*. *Shanghai* fue un grupo literario que no existió cuando existía; si antes, y quizá después. *Shanghai* se había formado casi como un acto de defensa, cuando un grupo de escritores entonces jóvenes y ligeramente éditos, un poco amigos, descubrimos que solíamos ser blanco de ataques sorprendentes. Nos tildaban de dandies, posmodernos, exquisitos y/o trolebuses. En realidad, siempre sospechamos que gente de la generación anterior, la atacante, estaba mortalmente ofendida porque nunca la atacábamos, no le rendíamos el homenaje del parricidio. Como nos ofendían en conjunto supusimos que debíamos defendernos en conjunto, y nos reunimos una noche en la *Richmond*, una confitería muy tradicional de la calle Florida. Estábamos Daniel Guebel, Luis Chitarroni, Alan Pauls, Ricardo Ibarlucía, Daniel Samoilovich, Diego Bigongiari, Sergio Chejfec, Sergio Bizzio, Jorge Dorio y yo. Como se ve, mayoría de narradores y mayoría de hombres.

Allí decidimos formar un grupo durante el tiempo que fuera necesario para mitificar su existencia. Después nos reunimos un par de veces en la *Ideal*, un salón de té lleno de caireles y ancianitas que unía a sus encantos un nombre tan desprestigiado. En la *Ideal* nos entrevistaron un par de periódicos, y supimos que ya habíamos cumplido nuestra empresa. Antes, por supuesto, nos habíamos creído obligados a escribir un manifiesto donde justificábamos, entre otras cosas, nuestro nombre.

«Shanghai es un puerto, una frontera en un país que se cree destinado a ser en sí. Shanghai es la utopía hegeliana. Un estado absoluto, tan subsumido en otro estado que los ciudadanos del tal son súbditos y esclavos sin saberlo. Shanghai mira hacia el mar porque en el mar no hay tierras ni esperanzas, sólo la inutilidad de un movimiento repetido.

Shanghai es la voluntad de poder para estos tiempos desencantados. Shanghai, niña mía, es la avanzada de la corrupción y el desmadre en un país que conquistó su pureza a fuerza de unificación absoluta, culposa.

Shanghai es una máquina humarante con vía libre hacia el anacronismo, que es, bien mirado, la única utopía que se permite una ciudad que se sabe exótica. Shanghai es un exotismo en el tiempo, un verdadero prodigio. Si se nos permite la vulgaridad. Ha nacido con la edad de un difunto, como anotan, con sensatez, poetas y periodistas.

Shanghai no se piensa en términos de porvenir sino de recién venido: una tentadora macedonia donde mojan su espada los cortadores de nudos gordianos. En Shanghai la cocina sabe con el sabor indefinible de la mezcla, en platillos donde resultaría veleidoso y grotesco todo intento de llamar al pan, pan, y al vino sake.

Shanghai suena a chino básico, y sólo lo incomprendible azuza la mirada. Shanghai, la palabra Shanghai, no existe, porque puede escribirse de tantas formas distintas que ni siquiera es necesario escribirla... En inglés, to shanghai significa "emborrachar con malas artes y en un puerto cualquiera a un marinero desocupado y embarcarlo, ebrio, dormido, en un navío a punto de levar anclas".

Shanghai es una nostalgia que no está en el pasado ni en el futuro.

Shanghai es, sobre todo, un mito innecesario.

Shanghai, afortunadamente, desaparecerá algún día de las cartas marinas».



Pero en aquellos días de verano, *Shanghai* ya se había disuelto por falta de nuevos objetivos. Creo que ni Dorio ni yo teníamos trabajo y no consigo recordar por qué no nos preocupaba, pero lo cierto es que aquella tarde la idea de publicar una revista no llegó a entusiasmarlos sobremano. Nos pareció sensata, atinada. Algo inscrito en el orden de las cosas. Algo, sobre todo, que acertaría el verano.

Hacia quince años que no había en la Argentina una revista de libros. *Los libros* había desaparecido a principios de los setenta, engullida por la política, y desde entonces los suplementos culturales se habían hecho cargo de la crítica. Mal, pero poco. Y las revistas literarias periclitaban sin remisión al tercer número. Por lo cual pensamos que, frente a la certeza del desastre que nos ofrecía una revista literaria, una revista de libros aseguraba cierta incertidumbre.

Una revista de libros propondría reseñas, comentarios y críticas de «todos los libros» publicados cada mes, no sólo de narrativa o poesía sino también de ciencias sociales, infantiles, biografías, autoayuda, divulgación científica, comics o periodismo. Que ocuparían la mitad de cada número y garantizarían alguna participación publicita-

ria de las editoriales y la ilusión, para el comprador, de la completud informativa. En tiempos de penurias, uno de nuestros *slogans* era rufianescamente claro: «Todo sobre los libros que nadie puede comprar».

La primera reunión, en mi casa, juntó a más de veinte personas: la base era *Shanghai*, pero había otra gente muy distinta. El nombre ya estaba echado, por «jamais un coup de dés». Allí mismo nos repartimos rubros, columnas y jefaturas de secciones, y postulamos modelos de estilo que nunca nadie respetó. Con la producción de la Cooperativa de Periodistas Independientes, que editaba el mensuario *El Porteño*, el primer número de *Babel* apareció en abril, para la Feria del Libro.

★

«Este —dicen— es el peor momento de la industria editorial argentina. Surgiendo de esas aguas, *Babel* no es un gesto heroico. Ni la vindicación del delirio, ni una cortesía desesperada, ni la oposición a que se mate así a un valiente. *Babel* ni siquiera es el rechazo de un honor siempre perdido. *Babel* —dicen— es una revista de libros. En todo caso, en el mejor de los casos, un etéreo gesto baudeléreo contra el puerco spleen», decía el primer editorial. Y, desde la tapa, la enorme cara de una mujer joven que miraba a través de un velo negro.

La idea de que *Babel* no fuera una revista literaria excluía ciertas formas de la pasión. Se suponía que no la usaríamos para publicar nuestros cuentos y poemas, y que la diversidad de sesenta comentaristas en cada número le daría «la posibilidad de que ejerza la mirada del bizco, ojos que miran no desde una torre en guardia sino desde multitud de dunas tornadizas».

La revista era mensual, y salía bastante a menudo. Tras los cinco primeros números pasó de la órbita de la Cooperativa de Periodistas a la de una editorial que tenía tardes de gran pujanza y mañanas de terror: Puntosur. Allí tuvimos por primera vez un escritorio; allí se instaló Guillermo Saavedra, el director periodístico y tercera pata del gato. Cada número, como queda dicho, incluía unas sesenta reseñas de los libros más diversos, en dos formatos básicos, de 50 y 100 líneas. También estaba el libro del mes, sobre el que se discutía en dos o tres artículos, las informaciones sobre la actualidad libresca —con perdón del oxímoron—, los artículos de Bárbaros,

una sección donde circulaban literaturas levemente exóticas, las Siluetas —de escritores— de Luis Chitarroni, que después aparecieron en un libro, la Mesa de Luz, en la que un escritor hablaba de lo que estaba leyendo, anticipos, juegos imposibles, La Esfinge —una entrevista con 69 preguntas fijas a escritores locales y visitantes—, los Caprichos, que aprovechábamos para publicar nuestras diatribas, y un Dossier de una docena de páginas sobre temas absolutamente variopintos: Sarmiento, Joyce, la Revolución Francesa, Enrique Pezzoni, el tango, el 68, la autobiografía, el peronismo, Juan Goytisolo, el fin de la historia, el jazz, Julián Ríos o Louis-Ferdinand Céline.

Hacia un año que estábamos en la calle cuando, en una mesa redonda, escuché por primera vez a alguien que denunciaba «la dictadura de *Babel*». Recuerdo que la invectiva me encantó, pero me pareció suavemente exagerada.

★

Por alguna razón que todavía no entiendo, la discusión, en aquellos días de hecatombe, parecía centrarse en la cuestión del mercado. Algunos sostenían que lo más importante de un relato era su legibilidad inmediata, su posibilidad de contactar con un lector medio, de hablarle de lo que esperaba en un lenguaje que entendiese fácilmente. Todo esto suponía, explícita o implícitamente, la esperanza de que un libro que tomara en cuenta tales premisas se vendiese mejor. Para ellos, el imperativo del mercado reemplazaba al mandato social de los 60 y 70, cuando se imponía lo que *Babel* llamó, en algún artículo, la literatura Roger Rabbit: la que intentaba acabar, desde la ficción, con los grandes ogros de la realidad.

Otros, algunos de nosotros, pensábamos que en un país en medio del caos, sin mercado para nada y menos para libros, sin expectativas sociales para el discurso de la ficción, la literatura tenía la posibilidad casi inédita de pensarse en sí misma, sin compromisos económicos o políticos. De ser, por innecesaria, más autónoma. Lo cual implicaba, decíamos, una felicidad y un riesgo.

Creo que *Babel* se hizo cargo muchas veces de tal idea o, al menos, de la defensa de una literatura leída como valor en sí. Por eso, por ejemplo, la publicación como capricho de «El escritor argentino y la tradición», uno de los textos más concluyentes de Jorge Luis Borges.